

Palabras del Presidente de la República, José Mujica, en su audición radial correspondiente al 5 de setiembre de 2014.

Amigos, un gusto saludarlos, retomar este espacio donde volcamos alguna información, algún punto de vista, a una audiencia parte de la cual hace mucho que nos acompaña.

Cuando nosotros éramos muchachitos, ya hace muchas décadas, había una consigna, tal vez apañada por los gobiernos de aquella época, muy difundida y que nos ponía orgullosos: “Como el Uruguay no hay” y esto surgía en los datos comparativos.

Cuando uno contempla, por la información que viene del mundo hoy, y se encuentra con luchas como las que tiene parte del pueblo y de la muchachada chilena, luchando por una enseñanza gratuita, y cosas por el estilo, o cuando uno sabe que hay 30 millones de personas, en un país de la riqueza que tiene Estados Unidos, que no tienen ninguna posibilidad de atención de salud, a uno le vienen ganas de decir, históricamente: “como el Uruguay no hay”.

¿En qué sentido recordar esa vieja consigna? Fue por allá, por la década de 1880 —fíjese querido oyente— cuánto tiempo ha pasado, tanto que ya nos olvidamos que en el Uruguay la enseñanza comenzó a ser gratuita, impulsada por el Estado, por el gasto público. Y así se podría hacer un análisis de muchísimos de los que son realidades y derechos del Uruguay. Con altibajos, porque quienes siguen estos espacios han de tener bien claro que estamos a leguas de ser manijeros o de creernos que somos los inventores de la rueda o del agujero del mate. Nada de eso, en todo caso, en muchos aspectos no hacemos otras cosas que tratar de encontrar las mejores brasitas de nuestra historia, que están allí, reflotarlas, cuidarlas, impulsarlas, rejuvenecerlas en múltiples cosas.

Me quiero detener, porque alguna razón ha de haber, para que porfiada y tercamente este pequeño país, pequeño por población, no tanto por recursos, siga dándose el lujo de ser el país más justo de nuestra injusta América Latina. Sé que eso equivale a decir que somos campeones de cuarta, porque es un continente muy injusto, que ni siquiera alcanzamos los niveles de justicia que tiene el más retrasado de Europa. Se pueden decir muchas cosas en contra pero hay que ubicarse en el contexto de nuestra región y de la historia de nuestra América.

Con esas salvedades, esa terquedad de ser el país que mejor reparte ha de tener raíces históricas en nuestras tradiciones, en nuestro modo de ser, y por qué no, en la construcción política global del país. Hoy se sigue reflejando eso en la cosa más importante, no la única que existe en una sociedad para distribuir, pero sí que es el primer elemento de acuerdo a lo que dicen las estadísticas: el 80 % de los ingresos promedios de los hogares uruguayos derivan del salario.

Quiere decir que no se puede hablar de justicia social, de equidad y de inclusión si no se tiene en cuenta la historia del salario. Esto explica muchas cosas. Los hechos están demostrando hoy que la tasa promedio del Uruguay ha tenido incrementos constantes en esta última década. No es un disparate estimar que entre 2004 y hoy el salario real —que es lo que importa— ha tenido un aumento en términos promedios cercano al 50 %, y eso es aumento del poder adquisitivo de la masa de la gente. No quiero reducir las políticas de equidad o sociales solo a

la cuestión del salario, pero sin tener en cuenta el salario, todo lo demás es pequeño y de poca importancia.

Además, dentro de esa característica hay que remarcar que hubo un aumento constante de eso que se llama el salario mínimo nacional, que en realidad es una categoría determinante de muchas otras cosas y que allá por el 2005 no superaba los 3.000 pesos y está llegando hoy a 9.000 pesos y probablemente en 2015 esté en 10.000 pesos.

¿Quiere decir eso que una familia pueda vivir con eso? No, todos sabemos que, como el precio de la moneda, como otras referencias, el valor del salario mínimo sirve para medir muchísimas cosas en nuestra vida real.

¿Por qué ha sido posible esto? ¿Por magia? No, porque la economía lo permitió, no solo porque hubo voluntad política, sino porque hubo aumento constante y permanente de la inversión y con ello un aumento constante del empleo.

Todo esto permitió esto, porque de lo contrario, por ahora nadie puede hacer magia. El permanente incremento del salario real se dio en todo el país, y tuvo que ver con los públicos y los privados. Hay que recordar que favoreció más a los más débiles proporcionalmente. Todos los salarios aumentaron, incluso los altos salarios, pero proporcionalmente más aumentaron aquellos que estaban sumergidos. Se me dirá: "viejo. pero no alcanza, porque no se puede vivir con eso". Sí, yo no estoy para dar manija, lo único que pido es tener un poco de memoria y comparar estas cosas.

La distancia entre lo que se llama el decil más bajo con el decil más alto, más claro: la distancia que hay entre los que ganan menos y los que ganan más en materia salarial, que era de más de 24 % en 2006, se redujo a 21 % en 2013. Vuelvo a repetir: aumentaron todos, pero más aumentó los que estaban más sumergidos. Por eso no tiene que extrañarnos que seamos un país campeón en América en términos de reparto y de equidad y convendría que esto se tenga en cuenta. Y que se tenga en cuenta que esto ocurrió en todo el país. Yo diría que fue proporcionalmente más profundo en el Uruguay más olvidado, el que está en las profundidades salariales del campo uruguayo.

Esto ha tenido notorias implicancias también en el trabajo y en el acontecer económico, porque a mayor ingreso, mayor consumo y a mayor consumo, en términos relativos, mayor grado de actividad. Este es un problema que se refuerza y los cambios, para el que tenga vista, los puede ver.

Se me puede decir, y con mucha razón: "pero viejo no alcanza" o se me puede decir: "mirá viejo, yo gano mucho, pero me sacan mucho", también tenés razón, y suerte que te pueden sacar mucho porque ganás mucho, triste sería que ganaras poco. Porque si el Estado no se pone en estas cosas, querido, a nadie le gusta en general, solo a algunos muy pocos, tipos raros, que le apliquen la maroma fiscal y le quiten parte importante de aquello que considera que es suyo, pero la construcción pública de una sociedad necesita constantemente el aporte de los más fuertes.

Hay países, y no los voy a nombrar, donde la economía ha crecido más que en Uruguay, bastante más, por razones equis, y sin embargo mucha gente se ha enriquecido muchísimo,

pero la gente más pobre sigue igual, en la penuria. Eso tiende a no pasar en Uruguay, porque como el Uruguay no hay.

Eso le da un tono a nuestra sociedad. Desgraciadamente en los momentos de penuria de la economía Uruguay no pudo repartir, tuvo que ser miserable en el reparto y generó consecuencias sociales que están hasta hoy evidentes como heridas. ¿Por qué? Aquello que decían los viejos: “el árbol se endereza desde chico, después de grande no hay quien lo enderece”.

Aquellos momentos de penuria, pésimos en el reparto, porque no había en el marco de nuestra economía, con altísima desocupación, con un casi 40 % de pobreza, con políticas débiles, imposibles del Estado, naturalmente fueron, sin que nadie se lo propusiera, el caldo de cultivo para desviaciones cuyas consecuencias tenemos hoy, aunque no nos demos cuenta.

Por eso, el luchar por el reparto hoy es ir poniendo y peleando por las bases de una sociedad mucho más “convivable” hacia el futuro. La historia no va hacia atrás y por eso nos tenemos que detener un poquito para enfrentar ese pseudo pesimismo electoral que se siembra en un país que tiene irrestricta libertad de prensa, pero también tiene libertad de empresa, y atrás de la prensa hay empresas y esas empresas, la inmensa mayoría, no son afectas al Gobierno, y no pueden serlo; no porque tengan maldad, sean egoístas o sean malos, no tiene nada que ver. Pertenecen a otra clase social y miran precisamente toda esta realidad.

Entre otras cosas, no van a estar de acuerdo jamás con nuestra política salarial, porque han tenido que aflojar la caja para pagar salarios mejores y piensan que eso afecta la rentabilidad de sus queridas empresas, de su causa y se sienten como atropellados por un Gobierno que empuja y obliga a repartir. Y nos las cobran, nos la van a seguir cobrando, y así son las cosas. Yo sé que poco tiene que ver la gente que trabaja en la prensa uruguaya, pero tienen que pasar por un filtro. Entonces, cualquier cosa que hagamos no tiene reconocimiento, sobre todo en estos tiempos. Lo entendemos. Nosotros respetamos la fidelidad de clase de ellos. Que por lo menos, intelectualmente, respeten nuestra fidelidad de clase a nosotros.

No podemos estar contra nadie, en términos generales, pero es inevitable que estemos mucho más a favor de los que trabajan por un salario, de los débiles de nuestra sociedad, de los olvidados, de los postergados. Y es posible que a veces se nos pase la mano cuando le pedimos colaboración a la clase media que labura, que paga impuestos, que no es la oligarquía ni nada por el estilo, pero se puede sentir mal porque le metemos un poco los dedos en el bolsillo. No queremos despojar a nadie, pero no queremos dejar gente tirada en la zanja.

Esta ha sido la historia de este país y es lo que lo hace más hermoso, país único. Me dicen “usted es un Presidente raro, anda por los boliches, va para aquí, va para allá, casi ni tiene guardaespaldas”. No, yo no, eso es el Uruguay, no soy yo. No me encaje los méritos a mí que son del país, lo cual no quiere decir que no tengamos defectos, claro que los tenemos y toda construcción humana los tiene. No debemos querernos y reconocer lo que es el Uruguay para olvidarnos o tapar los defectos que tenemos, pero no podemos ni debemos tener una visión peyorativa sobre este país, estemos donde estemos. Tenemos unas cuantas cosas, además de la celeste, para sentirnos orgullosos de haber nacido en este rincón de América.

Esta cuestión del salario no es bagatela, este es el precio de tus manos, de tu inteligencia, es el precio de tu esfuerzo, es el pan y la aventura de tus hijos, es la cadena de la vida que lo hace posible. Un Gobierno que no se entienda con las cuestiones salariales y no luche por ellas se está olvidando de una parte que es fundamental.

Amigos, ayer hubo una presentación de lo que ha hecho y ha acumulado este país en varios años, en un esfuerzo técnico importante, y lo va seguir demostrando. En parte ello ha sido el logro del conocimiento, de la cultura uruguaya, de la preocupación y de verdaderos luchadores en el campo de la inteligencia digital que han ido poniendo a punto la maquinaria del Estado, al punto que hoy es posible hacer de los 1.700 trámites posibles que hay que hacer en toda la esfera pública de nuestra sociedad, y que se repiten por millones de veces, ya más de 300 es posible hacerlos directamente, utilizando la computadora.

Habrá que seguir trabajando y será posible que dentro de algunos años tengamos un país *online* que prácticamente no use más los mostradores de las oficinas públicas. Será posible y el Uruguay, estoy seguro de que va a ser el primer país de América que lo va a lograr en tiempo y forma. Eso es posible por lo mucho que hemos logrado hoy, donde hasta en el mundo nos reconocen. Esto no es más que una plataforma para que aquellos gobiernos que nos sucedan tengan un camino iniciado, lo continúen, lo mejoren, lo perfeccionen. Con una salvedad que me preocupa, me parece fantástico que todas las gestiones se puedan hacer por internet y me parece fantástico que el Estado no tenga que preguntarnos pavadas que ya las tiene claras en algún rincón. Que el Estado intercomunicándose entre sus distintas agencias y lugares no nos haga hacer gestiones para manejar una información que ya la tiene en algún lado. Desde ese punto de vista va a ser un Estado mucho más consciente.

Sin embargo, porque toda cosa tiene sus sin embargo, no quisiéramos ver un Estado que funcione como "Gran Hermano", que prácticamente se te mete adentro de tu casa y lo sabe todo, y es el gran "chismógrafo" y tampoco podemos creer que un número, una cifra, un expediente son equivalentes a un hombre o a una mujer. Quienes nos sucedan tendrán que trabajar fuertemente en el humanismo, encontrar mecanismos para que, en definitiva, el funcionario del Estado que está recibiendo electrónicamente una información siempre perciba que en la otra punta hay un ser humano, no hay un expediente. Y habrá mucho que trabajar en materia legislativa y en prevenciones.

Pertenezco a un mundo que se va, soy del mundo que escribe y que piensa escribiendo y que prefiere el libro a la pantalla. Pero ese, mi mundo, se va y el mundo que viene es el otro. Sería un viejo reaccionario si no me doy cuenta de que hay que ayudar a que el mundo que viene sea a cabalidad y tratar de adivinar a tiempo las inevitables contradicciones que todo paso de progreso lleva en sus maletas.

Lamentablemente estamos en tiempos electorales, no se puede discutir esto porque todo se tiñe con el interés inmediato. Pero es un salto que está allí, desafiante, entrañable, en teoría hacia el futuro, por venir, en un país que empezó esta epopeya hace tiempo, que repartió computadoras a los gurises, que saben que ellos van a vivir a fondo la era digital y que en definitiva un país, que como siempre está apostando al porvenir, a lo que vendrá y está apostando a una recreación constantes de sus usos y costumbres sin abandonar su sentido de equidad.

Creo que la justa, que es la vieja consigna de aquella época, “como el Uruguay no hay”, no por grande, no por inmenso, no por gigantesco, sino porque tiene esas cosas de adelanto social en las relaciones humanas que resulta francamente envidiable, inigualable. Un país donde se toleran todas las religiones, donde se toleran todas las opiniones, donde nos saludamos los máximos rivales que hay en la política, no nos desparramamos odio y gozamos de una gigantesca civilidad. Hay que repetirlo como el Uruguay no hay.